

NECROLÓGICAS

OTEIZA Y CHILLIDA, DOS PARADIGMAS DE LA ESCULTURA CONTEMPORÁNEA ESPAÑOLA

La reciente pérdida de los dos grandes pilares de la escultura contemporánea española de la segunda mitad del siglo XX: Jorge Oteiza —fallecido el pasado 9 de abril de 2003— y Eduardo Chillida —fallecido, a su vez, el 19 de agosto de 2002—, deja tras de sí un vacío helado en el arte español.

El discurrir vital de estos dos titanes del arte ha convergido, desde sus inicios, en su común interés por la revitalización del arte vasco, colaborando en proyectos como la Basílica de Arantzazu, los grupos de la Escuela Vasca, GAUR, etc. Sin embargo, las actitudes y propuestas artísticas de ambos escultores fueron sensiblemente diferentes.

Jorge Oteiza (Orío, 1908), erudito y estudioso desde su juventud, mantuvo un equilibrio entre la experimentación plástica y la reflexión teórica —fruto de la cual publica *Interpretación estética de la estatuaría megalítica americana* (1952), *Propósito experimental* (1957), *Quousque tandem...!* (1963), etc.—. El espíritu inquieto que le definió, le llevó a recorrer Sudamérica durante los cuarenta, devolviéndole a España en el 48 con el firme propósito de la revitalización del arte vasco. Y así lo hizo. A lo largo de su larga carrera multiplicó las propuestas para la dinamización de la cultura vasca: participó en grupos de arte —GAUR, EMEN, ORAIN—; emprendió todo tipo de proyectos culturales y pedagógicos —el proyecto de Museo de Antropología en (1965), la Universidad Infantil de Elorrio (1965), la Escuela de Deva (1969), etc.—; dio conferencias; realizó estudios lingüísticos sobre el euskera, etc. Esta frenética actividad, no impidió, por otro lado, su inmersión en el contexto cultural nacional e internacional de los cincuenta, que se saldó con el Gran Premio de Escultura de la Bienal de São Paulo del 57. Dos años más tarde deja la escultura, sin embargo, no abandona su talante de artista —y su carácter humanista—, interviniendo en proyectos urbanísticos; realizando incursiones en el cine experimental; escribiendo poesía, etc.



Fig. 1. Jorge Oteiza: Arantzazu. Friso de los Apóstoles. *Cabeza del apóstol 14*. Colección particular.

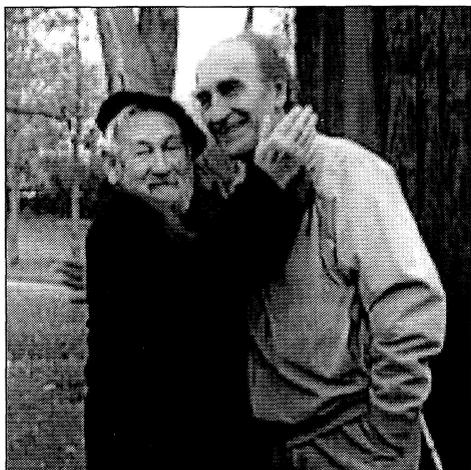


Fig. 2. Oteiza y Chillida.

A pesar de la faz iracunda y enérgica que dibuja su figura, su obra se libró en parámetros bien distintos, desarrollándose entre los límites de la reflexión profunda y una innata capacidad de visión espacial. La escultura de Oteiza comienza construyéndose a partir del hueco, el volumen y la masa, para ir descubriendo la presencia del vacío activo en su interior, el cual, finalmente, acaba por fundamentarse como elemento constituidor de la escultura. Su obra está presidida tanto por la recuperación de los principios de la vanguardia rusa, como por una visión *quasi-teológica* y primordial de la obra de arte, que transforma el rigor constructivo de sus *cajas metafísicas*, en espacios trascendentes para el refugio del espíritu ante el sentimiento trágico de la existencia. La intensa labor investigadora de Oteiza, trasciende, de este modo, de los límites de la experimentación plástica a los entresijos del alma.

La trayectoria de Eduardo Chillida (San Sebastián, 1924) está marcada, sin embargo, por la excepcional proyección internacional con la que contó su obra desde de finales de los 50. Sus inicios se remontan a los años cuarenta y, al igual que Oteiza, la estancia en el extranjero -en París-

fue determinante para su concepción y desarrollo de la escultura. París, le abrió las puertas a todo un universo literario, filosófico y artístico, al cual se entregó con pasión, accediendo, de este modo, a las nuevas tendencias plásticas que se debatían en la capital francesa. Una vez en España, se subió al carro de la nueva y joven vanguardia española, participando de las iniciativas renovadoras de los cincuenta dentro y fuera de la Península. Así, confabuló arte abstracto y religión, junto con Oteiza o Basterrechea, en la Basílica de Arantzazu; intervino en los programas expositivos nacionales de arte actual; representó a España en las grandes bienales de arte, recibiendo el caluroso aplauso de la crítica, junto con más de un premio a su trabajo —Gran Premio Internacional de Escultura en la Bienal de Venecia del 58, por ejemplo— y dio los primeros pasos de su larga carrera internacional, exponiendo en lugares como la galería Maeght de París o el MoMA de Nueva York. A su vez, estos son los tiempos de sus primeros ensayos con el hierro —en *Ilarik*—, material fundamental en su escultura. Una escultura que, con el paso del tiempo, va incorporando otros medios de expresión, como la madera, el alabastro y el cemento. A partir de estos materiales Chillida crea espacios de encuentro, donde el vacío y el límite adquieren valor pleno. El lugar y su interrelación con la pieza alcanzan una importancia vital en estas esculturas, generando verdaderas arquitecturas escultóricas que conversan en intimidad con el paisaje. Ese diálogo con el mundo natural se convierte en una preocupación constante en su obra, erigiendo esculturas que participan de dicha naturaleza —prueba de ello son los *Peines del Viento* o el proyecto para el *Monte Tindaya*—. Con esa integración Chillida busca la construcción de espacios comunes, puntos de encuentro y lugares de tolerancia para todos los seres humanos.

La trayectoria artística de Oteiza y Chillida cierra un capítulo fundamental en la historia de la escultura contemporánea, dejando una huella profunda en el devenir del arte español. Su obra, ubicada en las colecciones de arte contemporáneo más destacadas, encuentra, sin embargo, su espacio íntimo en los museos proyectados por dichos escultores: el *Chillida Leku* de San Sebastián y la *Fundación Oteiza* de Navarra. Ambos artistas dejan tras de sí el legado de toda una vida de dedicación al arte y al conocimiento estético, incorporándose a la selecta nómina de los grandes creadores del siglo XX.

PAULA BARREIRO LÓPEZ

«IN MEMORIAM» ENRIQUE PARDO CANALIS

En el mes de marzo pasado ha muerto Enrique Pardo Canalis. Nacido en Zaragoza el año de 1919 cursó sus estudios en aquella ciudad obteniendo el grado de Doctor en Derecho y en Filosofía y Letras por la Universidad de Madrid. Becario del Instituto de Historia del Arte «Diego Velázquez» (C.S.I.C) el año de 1943, entidad con la que mantuvo estrechas relaciones durante muchos años, inicia pocos años después su profunda labor investigadora plasmada en numerosas publicaciones.

En estas misma línea de estudioso de las Bellas Artes ejerció diversos cargos entre los que se recuerda su actuación como Secretario de la *Revista de Ideas Estéticas*, Director de la revista *Goya* y Director de la Fundación Lázaro Galdiano además de otros en diversas entidades como la Asociación de Críticos de arte etc.

AEA, LXXVI, 2003, 303, pp. 341 a 343